

UNIDAD DEL SIGNIFICADO, DESIGNADO Y *LINGÜÍSTICA INTEGRAL*¹

JOHANNES KABATEK

Universidad de Friburgo (Alemania)

1. Mientras la lingüística moderna abandona cada vez más el enfoque puramente «lingüístico» de los fenómenos; mientras los límites entre semántica y pragmática parecen cada vez más borrosos y se cuestiona en muchos lugares la existencia de un «sistema» lingüístico, la existencia de estructuras y la validez del método estructuralista; mientras se recalca en diferentes lugares que el significado no existe como unidad discreta sino que se trata más bien de algo variable, negociado en el discurso, donde se da relevancia a los aspectos necesarios para cada fin comunicativo individual, Eugenio Coseriu ha insistido siempre en la existencia del «principio de la funcionalidad» y de un significado unitario de las unidades lingüísticas, así como en el hecho de que, a pesar de toda variación en el discurso y de la posible existencia de una serie de variantes de una unidad en la norma de una lengua, exista un significado, en el nivel abstracto del sistema lingüístico, que sea unitario y base de las diferentes acepciones en la norma y de la creación de otras. Como dice Coseriu en sus *Lecciones de lingüística general*²:

[...] hay que buscar primero aquello que las lenguas deben tener para ser tales, es decir, invariantes de significado o «significados unitarios». Y sólo cuando resulte absolutamente imposible «reducir» todas las acepciones de una forma a un valor unitario de lengua, será lícito admitir homofonía, así como, por otra parte, las formas diferentes a las que, sin embargo, puede asignarse un significado unitario, se identifican como «sinónimos». O sea que hay que distinguir desde el comienzo y constantemente entre «significado» propiamente dicho y «acepción», entre significado funcionalmente autónomo – o «significado de lengua» — y «significado de habla», entre «significado constante» y «significado ocasional». Lo cual, sin duda, es en la práctica mucho más difícil que admitir de antemano polisemias de toda índole; pero lleva a la comprensión del modo como funcionan efectiva-

¹ Una versión previa de este trabajo se publicó en alemán en el homenaje a Wolf Dietrich: *Linguistica romanica et indiana. Festschrift für Wolf Dietrich zum 60. Geburtstag*, 2000, Bruno Staib, ed., Tübinga, Narr: 187-205.

² Coseriu 1999, 202.

mente las lenguas, mientras que el admitir la polisemia como principio de estructuración del significado y confundirla con la variación, además de carecer de fundamento racional, sólo detiene la investigación y no lleva prácticamente a nada, ni siquiera a delimitar y aclarar las polisemias mismas. En efecto, éstas sólo pueden delimitarse como tales desde el punto de vista de —y con respecto a— los significados unitarios.

Lejos de considerar el enfoque estructural como superado, la estructuración de los sistemas lingüísticos es vista como un hecho fundamental de la esencia del lenguaje. Sin embargo, no se considera el enfoque estructuralista como único ni se postula que todo en el lenguaje se presente necesariamente de forma estructurada. Al mismo tiempo se insiste en que sería uno de los mayores errores de la lingüística abandonar los logros de un estructuralismo adecuado basándose en el simple hallazgo de una serie de hechos que desde el punto de vista estructural no se habían tenido en cuenta o por lo menos no de manera suficiente, sobre todo en un estructuralismo dogmático y absolutista.

Las siguientes reflexiones pretenden, en primer lugar, discutir el problema de la relación entre *significado*, *designación* y *saber de las cosas*, planteando de nuevo la cuestión de la unidad del significado y dando así apoyo a un programa que, sin abandonar la idea de la existencia de un sistema estructurado de la lengua, pretende ir «más allá del estructuralismo»³, reservando el método estructuralista para aquellos elementos realmente estructurables y estructurados y atribuyéndoles el lugar que les corresponde a todos los demás fenómenos lingüísticos en un edificio amplio de la teoría de lenguaje.

2. LA UNIDAD DEL SIGNIFICADO

Según el principio de la unidad del significado, fundamental para la visión funcional del lenguaje, hay que distinguir claramente y en todo momento entre el significado de las entidades lingüísticas en un sistema lingüístico y su actualización en un texto concreto⁴. La tarea de la interpretación de los textos es la de la identificación del sentido del uso de una forma lingüística determinada en un texto o discurso concreto (es decir, la identificación del «significado del significado» en un pasaje concreto), la tarea de una lingüística de la *norma* es la determinación de ciertas preferencias de uso contextuales tradicionales o de variantes habitualizadas («significados del discurso» o «del habla»); y la tarea de la lingüística del sistema, por último, consiste en la identificación de la función unitaria de todos los posibles usos, es decir, del principio que hace posible la multitud de los usos. Y este significado unitario se determina en relación a aquellas unidades a las que se opone en un sistema lingüístico.

³ Con este lema, Coseriu venía caracterizando su propio programa de investigación.

⁴ El término *significado* es probablemente uno de los más malentendidos de toda la lingüística; al lado de la diferenciación terminológica clara de Coseriu entre *significado*, *designación* y *sentido*, el término *significado* (tanto en el lenguaje coloquial como en el uso especializado) aparece usado repetidas veces como equivalente a *designación* o esta diferenciación ni siquiera se hace (cf. Gauger 1983, 25). Coseriu 1979 señaló que esta diferenciación fue hecha por primera vez por Aristóteles. Aun así, hasta el pasado reciente hay también quien contradice esa interpretación de Aristóteles o incluso apunta equivocadamente que según el propio Coseriu Aristóteles habría tratado *designación* y *significado* como sinónimos.

La distinción entre sistema y norma y entre un nivel de las lenguas distinto al nivel del hablar se ha criticado repetidas veces recientemente en varias escuelas⁵, descalificando la idea de la unidad del significado como construcción artificial de los lingüistas⁶ y no como hecho ontológico de las lenguas. Sobre todo en el marco de la lingüística cognitiva, recibida también en Alemania en muchos lugares con gran entusiasmo en los últimos años⁷, se propone un modelo semántico alternativo al de la lingüística estructural, que considera el significado lingüístico como expresión de un «saber enciclopédico» y que acentúa, en el caso de la categorización, en primer lugar el papel de una concepción prototípica de los representantes más destacados de una categoría⁸. Hay que aclarar, antes de nada, que estaremos ante un malentendido terminológico si oponemos la definición del significado de la semántica de prototipos a la definición dada en la semántica estructural, ya que ambas se refieren a fenómenos diferentes. Tampoco se usan, por lo demás, dentro de la lingüística

⁵ En este sentido, Charles Fillmore criticó el principio de la unidad del significado en varios trabajos, prefiriendo considerar el significado léxico como algo organizado de manera *prototípica* (hay que recordar, sin embargo, que Fillmore no se opone al análisis semántico de la lexemática, sino al análisis de tipo «checklist» de índole estadounidense). Los ejemplos más conocidos de Fillmore son *climb*, *long*, *bird*, *red*, *bachelor* y *decident* (entre otros en Fillmore 1982, 32ss.). Después de que Coseriu (1990) discutiera todos estos ejemplos y argumentara por qué se trata realmente de lexemas con significado unitario, John Taylor, con referencia directa a Coseriu, volvió a argumentar en contra de la crítica coseriana. En el caso del ejemplo *climb*, Fillmore apunta que la «categoría» *climb* se podía identificar a través de varias condiciones compatibles entre ellas, en concreto *clambering* y *ascending*. Los mejores ejemplos del uso del verbo *climb* son, según Taylor, los que cumplen con ambas condiciones; un caracol que sube una pared sólo cumple con una de las condiciones y un mono que desciende de un árbol también sólo cumple con una de las dos; con esto quiere demostrar que se trata de ejemplos marginales de la categoría *climb* cuyo prototipo se vería representado, por ejemplo, por un mono subiendo a un árbol. Coseriu critica esa opinión, insistiendo en que la «prototipicalidad» descubierta sólo mostraba una cierta alta frecuencia de las experiencias, pero no las características semánticas del lexema: el verbo *climb* no comprendía, en su definición léxica, ni «hacia arriba», ni tampoco «hacia abajo», sino «sobre un plano vertical o inclinado»; y tampoco comprendería *clambering* en el sentido de «ayudándose con las manos y los pies o con las patas», sino «agarrándose con las extremidades», lo cual incluía también las extremidades de un caracol (Coseriu 1990, p. 256ss.). Para contradecir la argumentación de Coseriu, Taylor nombra otro ejemplo más: «The plane climbed to 30.000 feet», ejemplo posible a pesar de que un avión no tenga extremidades. No sería posible, en cambio, «climbed down to 20.000 feet», en el caso de un avión (Taylor 1999, 34). En realidad, la argumentación de Taylor señala un rasgo semántico de *climb* sólo indirectamente descrito por Coseriu: *climb* contiene el rasgo «con esfuerzo» (comprendido en la palabra «agarrándose»), un rasgo no presente en el caso de un avión que baja. El hecho, en cambio, de que un avión no sea un ser con extremidades únicamente señala que aquí se trata de un uso metafórico, el cual —a pesar de su habitualización en la norma del inglés— no cambia el significado unitario del lexema sino que demuestra su aplicabilidad. Ciertos usos metafóricos o metonímicos de los lexemas pueden y suelen formar parte de la norma lingüística. Pero mientras conviven con el significado-base del que están derivados, sólo se trata de significados de uso, es decir, variantes de la norma.

⁶ Cf. p. ej. Taylor 1999. Se podría trazar una historia de la lingüística según las tradiciones en las que el significado se considera unitario y otras, que dudan de tal unidad. Coseriu (1970, 104) señala esa contradicción en Locke y Leibniz, Gauger (1983, 25) afirma que la no-distinción, común en la lingüística americana, se sitúa en una tradición que remonta hasta Bloomfield.

⁷ Blank (1996, 341) habla de «un tiempo de la recepción (casi) sin críticas del 'paradigma cognitivo'».

⁸ Acerca de los fundamentos de la lingüística cognitiva cf. sobre todo Langacker 1987 y 1991; una introducción bastante bien estructurada y resumida se da en Cuenca/Hilferty 1999 (sobre la prototipicalidad p. 34ss.); acerca de la semántica prototípica cf. Kleiber 1990; sobre la relación entre semántica de prototipos y semántica histórica cf. Koch 1995; para una crítica de Coseriu de la semántica de prototipos cf. Coseriu 1990.

cognitiva, los términos *significado* y *prototipo* de forma unitaria⁹. Varios representantes de la lingüística cognitiva no distinguen entre el significado prototípico, relacionado con el saber de las cosas, y el significado lingüístico, dado en una lengua determinada. En algunos casos, la distinción simplemente no se hace o incluso se critica explícitamente¹⁰. En cambio, en algunas ramas de la recepción europea de la lingüística cognitiva se distingue expresamente entre un *designado* prelingüístico, prototípicamente organizado, y un *significado* lingüístico (véase más abajo, 4.).

3. ¿PROTOTIPO = SIGNIFICADO? – ¿USAGE = GRAMMAR?

Considerar el significado lingüístico como prototípicamente organizado, subrayando la relación entre lengua y cosa (o percepción de las cosas) se ofrece como plausible, aunque la consecuente negación, en ciertas ramas de la lingüística norteamericana, del nivel abstracto de un significado lingüístico, solo se puede explicar teniendo en cuenta una cierta falta de recepción de la tradición lingüística europea¹¹. Tal negación tiene numerosas consecuencias: no solamente quedan obsoletos los principios de la funcionalidad y la idea de la unidad del significado, sino la pura idea de la lengua como sistema. La lengua se reduce a una descripción basada en el *usage*¹², a unos usos habitualizados, lo que en la teoría de Coseriu más o menos corresponde a la *norma*, prescindiendo al mismo tiempo, sin embargo, de la noción de *sistema*.

Hay que recordar que la introducción del concepto de *norma* significó, en los años 50, un gran avance para la lingüística estructural y llevó, al igual que la disolución de la dicotomía saussureana demasiado simplificada entre sincronía y diacronía, a numerosos nuevos planteamientos. Coseriu considera, efectuando un «cambio radical del punto de vista» en la investigación lingüística y oponiéndose claramente a la visión absoluta de la *linguistique de la langue*¹³ ofrecida por Saussure, que la lingüística debe partir siempre del *hablar*, de la actividad de los hablantes, y que fenómenos como por ejemplo el cambio lingüístico sólo se pueden entender adecuadamente desde esa perspectiva. La consecuente limitación de la lingüística estructural llevó, al mismo tiempo, no a su rechazo sino a la definición clara de su objeto, una lingüística del sistema, de la *langue* adecuada y correspondiente a la realidad lingüística de la *langue*, la cual, sin embargo, es solo una realidad limitada, y no abarca la totalidad de los fenómenos lingüísticos (y los fenómenos relacionados con ellos). Dentro de esa lingüística estructural, el concepto de *norma* permitió tener cuenta de toda una serie de hechos excluidos por una visión meramente estructural. Este concepto sobrepasó tanto

⁹ Kleiber 1990 distingue, como es sabido, entre dos tendencias dentro de la semántica de prototipos, una «versión estándar» en la que el prototipo se considera como el miembro más destacado de una categoría; en la «versión ampliada», en cambio, el término central es la «semejanza de familia». Me limitaré en lo que sigue básicamente a la versión estándar.

¹⁰ Véase p. ej. Taylor 1999, 25.

¹¹ Así, según Koch (1995, 36) «... la teoría de prototipos como teoría lingüística se inscribe evidentemente en la tradición de la semántica norteamericana que nunca ha tenido en cuenta realmente la tradición europea del estructuralismo y que por lo tanto suele 'saltarse' el nivel del significado». Cf. nota 4.

¹² Cf. Langacker 1987, 46.

¹³ Como se sabe, para Saussure, la *linguistique de la langue* es la «*linguistique proprement dite*» (Saussure 1916/1984, 38s.), contrario a la *linguistique de la parole*.

el de *alófono* como el de *variante* ya que atribuía un lugar fijo a las realizaciones tradicionales, usuales en una comunidad desde lo fónico hasta el léxico, relacionándolo en dos formas con el *sistema lingüístico*: por un lado, como algo que va más allá del sistema ya que todo lo sistemático está también comprendido en la tradición y es por lo tanto derivable de ella; pero por el otro, como inferior al sistema, ya que el sistema de posibilidades comprende también lo aún-no-realizado, lo que no es tradicional pero posible de acuerdo con sus reglas. Se trataba, pues, no de hacer obsoleta la noción de sistema sino de limitarla a lo realmente sistemático, ofreciendo una explicación añadida para lo no sistemático.

Coseriu tomó como referente el paradigma dominante de la lingüística estructural saussureana, criticándolo y ampliándolo, pero subrayando al mismo tiempo que tanto la idea de las estructuras lingüísticas como el método desarrollado por la Escuela de Praga para describirlas correspondían a un aspecto fundamental del lenguaje que había que tomar en serio, aspecto que, además, ya se encontraba implícitamente en una tradición larga de la historia de la lingüística.

También la lingüística cognitiva desarrolló su idea de una descripción de las lenguas basada en el uso y la tradición (con base cognitiva) en oposición a un paradigma dominante, en este caso el de la gramática generativa. Contrario a lo que propuso Coseriu con respecto a la lingüística estructural, la lingüística cognitiva (americana) no trata, sin embargo, de añadir o de ampliar un paradigma anterior¹⁴; su idea de *usage* no amplía, en consecuencia, conceptos como los de *competencia*, *actuación* o *proceso* de la lingüística generativa, rechazados por ella como artificiales¹⁵, sino que aparece como autosuficiente y fundadora de una nueva tradición. Ésta encuentra su concepción de «usage» en diferentes niveles, tanto en el nivel fónico, como en la gramática y en la formación de palabras¹⁶. Parece entonces que aquí hay posibles confluencias entre el concepto de «usage» y el de «norma», pero el término de «usage» se encuentra en relación explícita con un rechazo de la concepción estructuralista del sistema. El sistema lingüístico se califica como invento de los lingüistas y el hecho de que en las lenguas pueda haber elementos aparentemente sistemáticos se atribuye al azar¹⁷.

Pero si la lingüística cognitiva anglosajona rechaza o ignora las tradiciones europeas, esto no justifica de ninguna manera que desde el punto de vista de la tradición europea se deba hacer lo mismo e ignorar las propuestas de la lingüística cognitiva. Por lo contrario, tenemos el deber de informarnos de los alcances y límites de la lingüística cognitiva, aunque esto no implique que la debamos aceptar o adoptar en su totalidad.

En cierto sentido, podemos decir que la lingüística cognitiva cumple, por lo menos en parte, con el postulado de una lingüística del hablar, aunque se defina como lingüística de las lenguas¹⁸. Puede hacer una contribución importante a la cuestión de las asociaciones

¹⁴ Es más, parece ser un síntoma de la lingüística contemporánea, rechazar o ignorar la tradición por completo, lo cual lleva a observaciones tan absurdas como la de atribuir a la lingüística cognitiva el mérito de haber introducido términos de la retórica como *metáfora* o *metonimia* como términos especializados de la semántica. En realidad, estos términos ya se llevan usando en este sentido desde principios del siglo XIX (desde la *Semasiologie* de Chr. C. Reisig y hasta antes, por ejemplo en Dumarsais *Des tropes*). En la actualidad, se acostumbra a atribuir los fundamentos de la semántica como disciplina propia a Michel Bréal (cf. Coseriu 2000), ignorando sus precursores.

¹⁵ Sobre los términos de *artificialness* y *naturalness* cf. Langacker 1987, 13s.

¹⁶ Cf. Langacker 1987, 20, 56ss. y *passim*.

¹⁷ Taylor 1999, 33s.

¹⁸ Cf. a este respecto las explicaciones de Allbrecht 1997, 27.

mentales de la experiencia y su relación con la actividad del hablar, además de ocuparse de la relación entre disponibilidad individual de unidades lingüísticas y tradición común; es decir, el anclaje cognitivo de unidades lingüísticas en el individuo y su consecuente frecuencia en el habla¹⁹ lo cual permite, en relación con una comunidad, la distinción entre lo normal y comunitario a diferencia de lo particular o individual.

No es ésta la primera vez que se afirma que la lingüística cognitiva en su teoría de la semántica comprende en realidad una «semántica de las cosas»²⁰, lo cual, sin embargo, no aclara aún lo que puede ser la contribución de la semántica de las cosas a una semántica «de las lenguas», entendida como semántica estructural²¹. Antes de responder a esta pregunta, hay que señalar que la tendencia a equiparar significado y designación observable en algunos trabajos de la lingüística cognitiva es un error, ya que prescinde de reconocer el carácter fundamental del lenguaje que consiste precisamente en la transmisión de la experiencia individual a través de los significados lingüísticos, ya que un comunicar inmediato de la experiencia es imposible. Resulta acertada, en cambio, la idea de que los signos lingüísticos son atribuidos en los actos del hablar a ciertas experiencias concretas y que puede haber convergencias graduales de estas experiencias en una comunidad. De este modo, por ejemplo, la idea más generalmente asociada con el signo *casa* puede corresponder a un tipo determinado de casa, por ejemplo, a un tipo determinado de casa unifamiliar. Esa idea variará más o menos entre los individuos, pero es cierto que puede haber una coincidencia relativa con respecto a las asociaciones de los demás miembros de la comunidad. La idea asociativa más común en una comunidad es lo que se suele llamar un «prototipo», y puede darse la impresión de que por ejemplo el «prototipo español» de «casa» esté ligado al signo lingüístico *casa* en español o que por lo menos está, de alguna manera, «cognitivamente unido» a él. Sin embargo, hay fundamentalmente dos argumentos en contra de esa idea:

En primer lugar, la idea «prototípica» no corresponde al signo lingüístico sino al signo actualizado en un texto o discurso, en el cual el signo está determinado a través de entornos lingüísticos y extralingüísticos²². Habrá que tener severas dudas de si un signo como *casa* evoca, también sin contexto, una asociación prototípica determinada *en español*, o sea, en la *lengua* determinada a la que pertenece. Cuando faltan las precisiones contextuales, el contexto más probable o más cercano es evocado, y generalmente será el más presente en el mundo donde vive el hablante. Sin embargo, en el momento que se añaden otros factores contextuales distintos al contexto más cercano, también la asociación cambia; así, leyendo un texto sobre casas en Japón, pocos pensarán, cuando se habla de una *casa*, en una típica casa blanca andaluza o en un caserío vasco. Cuando se habla, en un texto, de una «carretera», la idea prototípica será otra según si hablo de una carretera en los Estados Unidos o en el Sáhara, una carretera en el presente o en los tiempos de los romanos. Cuando un hombre

¹⁹ Sin embargo hay que hacer ciertas reservas. Así, el término *entrenchment*, común en lingüística cognitiva y según el cual la alta frecuencia de una unidad hace que ésta esté cognitivamente más disponible mientras que el no-uso contribuye a que esté menos presente, debería completarse con la observación de que ciertos usos son sustitutos de no-usos conscientes en los cuales la forma no empleada está presente (por lo menos para el hablante) y que está siendo «entrenched», a pesar de su «no-uso» (cf. Langacker 1987, 59).

²⁰ Cf. Laca 1984; Coseriu 1990.

²¹ Cf. a este respecto Coseriu 1977, 187ss.

²² Un signo lingüístico sólo tiene existencia virtual fuera de la designación y únicamente se vuelve existente en el acto de la designación (cf. Aristóteles, *Categorías II*).

dice que debe «afeitarse» antes de salir, la acción prototípica asociada será el afeitado de la barba, tratándose de una mujer, en cambio, el afeitado prototípico será probablemente referido a las axilas, lo cual, en cambio, nada tiene que ver con la lengua española sino con las realidades asociadas en ciertos contextos «normales» con el lexema correspondiente y con ciertas acciones usuales en una comunidad, acciones cuyo conocimiento es fundamental para la interpretación del hablar y para el entendimiento de los textos o discursos. Y no se trata aquí de polisemia sino de la actualización de un signo monosémico en dos contextos distintos, asociados con dos experiencias diferentes.

En segundo lugar —y esto deriva básicamente de lo que acabamos de decir— el *prototipo* no es, pues, corolario de una comunidad *lingüística*, ya que los límites de la idea usual asociada con una cosa pueden, pero no necesariamente deben, coincidir con los límites de una comunidad lingüística; pueden, o bien sobrepasar esos límites, o bien comprender una región más reducida²³. Es un malentendido conocido desde la teoría de la traducción creer que un texto no es traducible porque las asociaciones ligadas a un signo en una comunidad determinada no existen en la lengua meta. En realidad, también en la comunicación con mi vecino, que habla la misma lengua que yo, cabe la posibilidad de que le cuente una experiencia personal que no evoque las *mismas* asociaciones en él. Postulando que las experiencias sean iguales, se pretende exigir algo de la «lengua» que ella misma no puede cumplir o más precisamente, que sólo puede cumplir en un *texto*, y también en el texto sólo de forma indirecta: la transmisión inmediata de contenidos de la experiencia.

Con eso no pretendo decir que no sea posible o incluso usual que los hablantes de una lengua supongan que las ideas «prototípicas» de una cosa sean hechos de su comunidad lingüística. Esto deriva del hecho totalmente acertado de que los hablantes, en general, identifiquen su comunidad lingüística con una comunidad histórica que también se define a través de ciertos conocimientos comunes de prototipos. No obstante, se trata aquí de un caso de confusión cometida por los hablantes en cuanto «lingüistas aficionados», ya que los prototipos y los contenidos usuales de la experiencia no se corresponden con comunidades *lingüísticas* sino con *comunidades de experiencia*, y sólo por casualidad, pueden coincidir los límites de ambas. Es posible que un andaluz asocie a la palabra *río* en primer lugar la imagen de una rambla seca mientras que un habitante de zonas más húmedas de la Península piense en un río lleno de agua; y hasta es posible que para algún español que lleve tiempo viviendo en Alemania la imagen prototípica de río se asocie con el Rin, el Danubio o el Meno. Con esto no se quiere negar que haya evidentemente objetos cuya «prototipicalidad» tienda a parecerse a través de largos espacios (por ejemplo *el sol*, *la noche*, partes del cuerpo, etc.) al contrario de otros, en los que es más bien limitada si no incluso individual.

Si la idea «prototípica» de una cosa no parece tener más consecuencias lingüísticas que las de contribuir a una «contextualización usual», no siendo por lo tanto una característica del *signo lingüístico* sino del *hablar*, habrá que preguntarse cuál es la aportación del conocimiento «prototípico» de las cosas al hablar y si éste puede tener —por lo menos indirectamente— también alguna relevancia para las lenguas. Hay que responder, en primer

²³ No se trata, pues, de la diferencia entre prototipos universales y prototipos lingüísticos (cf. Albrecht 1997, 27) sino de ideas referenciales usuales en una comunidad.

lugar, que la contextualización usual está relacionada en todo caso con la identificación social ya que la experiencia compartida es el elemento central de solidaridad y distancia social y su comunicación se realiza en partes esenciales por medios lingüísticos²⁴, pero esto ocurre en los *textos*, es decir en significados relacionados con objetos y experiencias.

Para el hablar lo que es «normal» en ciertos contextos y lo que se puede esperar es relevante en el sentido de que ya «está presente» y no tiene por qué ser mencionado; las *Sprachinseln* («islas lingüísticas»)²⁵ se pueden limitar a lo que es nuevo²⁶. Esto permite entre otras cosas el hablar elíptico, el uso de palabras *passé-partout* y de lexemas menos determinantes. No hace falta decir, por ejemplo, que voy en una berlina con cuatro ruedas de Granada a Almería sino que basta con decir que voy en *coche* sin correr el peligro de que se piense en un coche de caballos. Cuando se usa un lexema con preferencia para designar un objeto con ciertas características, el uso «común» o la asociación con experiencias comunes puede parecer tan general que se interprete erróneamente como rasgo semántico del lexema, como por ejemplo en el caso de la definición de *ville* encontrada en un conocido diccionario francés: «Agglomération d'une certaine importance, à l'intérieur de laquelle la plupart des habitants ont leur travail»²⁷, la cual puede corresponderse con la experiencia común de los autores del diccionario con las ciudades que ellos conocen, pero para nada corresponde al significado del lexema *ville* en francés, que evidentemente podría también referirse a una ciudad en la que la mayoría de los habitantes está en el paro.

El saber de la experiencia usual de las cosas permite en el hablar usos metonímicos de los lexemas, los cuales pueden llegar a fijarse en la norma de una lengua como variantes. Así, una expresión común como *buena cocina* o el uso común de *cocina* en el sentido de «comida» se puede derivar del hecho de que las cocinas sirvan generalmente para preparar comida. Y si usos semejantes se encuentran en varias lenguas, esto no señala la relación lingüística entre las lenguas sino las relaciones culturales de las respectivas comunidades y las experiencias semejantes con ciertos objetos²⁸.

Asimismo, el saber sobre las cosas permite ciertos usos metafóricos que pueden volverse usuales en la norma de la lengua. Así, el uso de *ratón* en el sentido de un «ratón de ordenador» es una metáfora basada en ciertas características extralingüísticas, es decir ciertas semejanzas de forma o de *Gestalt*, lo cual ha hecho posible que este uso se haya generalizado en la norma del español. Esto sin embargo no cambia el significado lingüístico de «ratón», aunque las variantes de la norma en una perspectiva diacrónica son posibles candidatas para el cambio también del sistema. Y evidentemente también en la perspectiva sincrónica es un hecho del español (es decir, de la *norma* del español), que la palabra *ratón* se use generalmente para los ratones de ordenador, por lo cual este hecho tiene que tenerse en cuenta a la hora de describir la tradición lingüística del español, por ejemplo en un diccionario.

²⁴ Esto también lo observa Langacker (1987, 63) cuando afirma: «cognitive grammar is so conceived and formulated that the sociolinguistic status of linguistic units is readily accommodated».

²⁵ Bühler 1934, 156ss.

²⁶ Se trata aquí del criterio de textos que en la lingüística de texto se ha llamado *informatividad*.

²⁷ Jean Dubois et alii, *Dictionnaire du français contemporain*, Paris: Larousse 1971, s.v. *ville*.

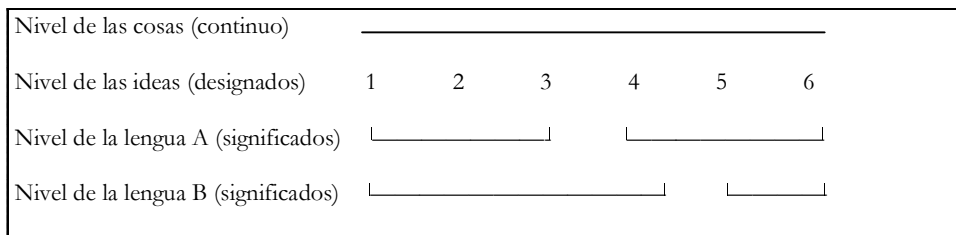
²⁸ Evidentemente, estas relaciones culturales pueden también tener consecuencias lingüísticas; pueden, por ejemplo, dar origen al contacto lingüístico y al préstamo.

Las objeciones de la semántica de prototipos y de la lingüística cognitiva en contra de la investigación estructural del léxico son, pues, equivocadas, cuando oponen el hablar o la norma lingüística al sistema y critican por lo tanto un nivel sirviéndose del otro, de ningún modo afectado por esa crítica. Por otro lado, cuando se sitúa acertadamente la lingüística cognitiva como *lingüística de la norma* y de la relación de los *entornos* (lingüísticos y extralingüísticos) con la norma, su aportación innovadora se podrá apreciar acertadamente.

4. PROTOTIPO, DESIGNADO Y ONOMASIOLOGÍA

Una versión de una lingüística cognitiva mucho más consciente de las tradiciones europeas se encuentra dentro de la lingüística románica alemana en los trabajos de Peter Koch y sus discípulos²⁹. Uno de los fundamentos teóricos de estos trabajos es el pentagrama semiótico (basado en antecedentes medievales) presentado por Wolfgang Raible (1983, 5). Raible distingue entre un «nivel de lo posible» con el signo lingüístico y sus dos vertientes: expresión y contenido, y un «nivel de lo real», con el signo actualizado y su referencia. Además, en el nivel de lo posible, introduce el llamado «designatum», es decir la «idea», lo que corresponde a una diferenciación entre «dos modelos». En el «primer modelo» (o primer nivel) encontramos los rasgos de la clase de cosas. Estos rasgos se consideran en parte como individuales, pero también en gran parte como pertenecientes a una comunidad siendo válidos más allá de los límites de la comunidad lingüística. En el «segundo modelo» (o segundo nivel), se escogen entre los rasgos intersubjetivos del primer modelo algunos rasgos (aún menos en relación con el original) como relevantes en el sentido de un significado *lingüístico* (cf. Raible 1983, 3). Esquemáticamente, esto se podría representar de la siguiente manera:

Esquema 1



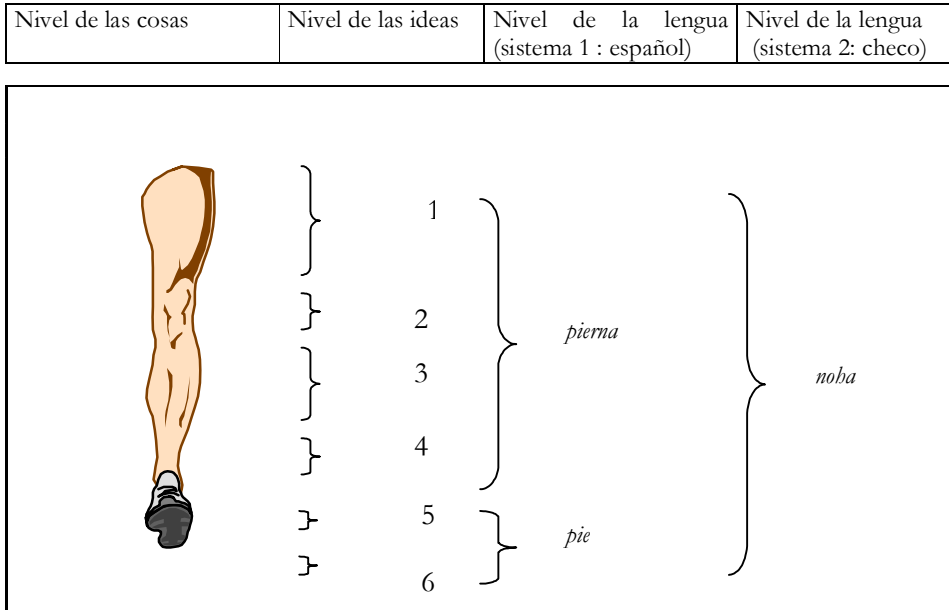
A un nivel continuo, no estructurado, de la realidad extralingüística le sigue un nivel estructurado, prelingüístico, de la idea de las cosas, los *designata*. En esta preestructuración se basa el segundo nivel de estructuración de los signos lingüísticos, los cuales vuelven a estructurar lo preestructurado nuevamente y de manera diferente según las lenguas.

Hay que subrayar sobre todo que aquí tanto las «ideas» como el nivel de la lengua se consideran como estructurados y que las ideas son el modelo prelingüístico del cual la lengua puede seleccionar sus elementos particulares. Así, con la «cosa» PIERNA se asociaría una idea, que comprende las uñas y los dedos del pie, el pie, la rodilla etc. Las diferentes

²⁹ No podemos aquí profundizar en la discusión de otras teorías.

lenguas podrán, sobre la base de esta preestructuración, efectuar reparticiones distintas, y realmente hay lenguas como el español que distinguen entre *pierna* y *pie* mientras que otras, como el checo y otras lenguas eslavas o ciertos dialectos del sur de Alemania, designan ambas partes con una sola palabra.

Esquema 2



La consecuencia coherente que resulta de ese modelo es un enfoque onomasiológico para la investigación de la diversidad de las lenguas: en un primer paso, habrá que encontrar el «primer modelo» de ciertas zonas semánticas antes de preguntarse, en un segundo paso, cómo está estructurado este primer modelo en las lenguas o, para decirlo de otra manera, cuáles de las estructuraciones prelingüísticas se consideran relevantes en una lengua determinada y cuáles no.

Sobre esta base, Peter Koch describió la relevancia de la idea de los prototipos para determinados procesos histórico-semánticos. Koch critica la equiparación de *designado* y *significado* y propone relacionar la idea de los prototipos únicamente con el designado, postulando para la investigación diacrónica la identificación de alicientes para el cambio de los significados resultantes del nivel de los designados.

Se trata aquí de un intento importante de la integración de las propuestas cognitivo-lingüísticas en una tradición que no prescinde de tener en cuenta los enfoques estructurales en la investigación de léxico. Con todo, creo que habrá que ver con cierto escepticismo el modelo semiótico que se esconde tras ese enfoque y habrá que preguntarse si el punto de vista onomasiológico derivado de él puede realmente llevar a esclarecer lo particular de una *lengua* determinada. Debemos preguntarnos si existe realmente un *designatum* como

realidad *estructurada*. En este contexto, lo que importa no es la cuestión preliminar sobre la realidad de las cosas, la cuestión de hasta qué punto nuestra percepción de la realidad realmente corresponde a las cosas; puesto que para nosotros únicamente existe la realidad percibida, esto será irrelevante. La realidad percibida es equivalente, para nosotros, a las cosas, de las cuales tenemos un conocimiento «prelingüístico». Sabemos si algo está separado o unido en el espacio, si algo es semejante o diferente, conocemos dimensiones, colores y otras cualidades físicas, como la temperatura, el peso o la velocidad. Aún así, la cuestión es si este mundo conocido de los objetos ya es estructurado, y si es así —y esto es lo más importante— si esa estructuración es el fundamento inmediato de la estructura lingüística, es decir, si las lenguas son nomenclaturas, aunque con libertad de selección, de algo ya dado en la percepción de las cosas. Tengo mis dudas en cuanto a este último aspecto. No creo que lleguemos desde las cosas a la lengua o del designado al significado sino que encontramos los signos lingüísticos —los cuales, por así decir, «ya están» en una comunidad— en su relación con las cosas³⁰. Para ilustrarlo con un ejemplo conocido: habrá interminables características en los recipientes para beber, características que a lo mejor se podrán reducir en el caso de los «vasos» a un par de docenas. Cuando quiero saber algo sobre una lengua determinada, no empezaré analizando todas las características designables de los vasos (como color, tamaño, transparencia, volumen, etc.) para ver después cuáles de estas características son relevantes para un determinado lexema. Me pregunto, en cambio, cómo se designa este o aquel vaso en una lengua, por ejemplo en español. Me dará cuenta, entonces, que hay una diferenciación entre *vaso* y *copa*, y tal vez piense en un primer momento que *copa* significa «vaso verde» en contraste con un «vaso transparente» hasta darme cuenta de que los recipientes de cristal transparente también pueden ser llamados *copa*. Después de una serie de correcciones, llegaré finalmente al significado de *vaso* y *copa*, este último más o menos con el sentido: «recipiente para beber, con pie»; en contraste con *vaso*, *taza*, *jarra*, etc. La estructuración de la lengua no la encuentro, pues, en la cosa misma o desde la cosa sino desde la lengua, no de manera onomasiológica, sino desde el punto de vista semasiológico. Y la encuentro relacionando un significado lingüístico, un lexema, con objetos extralingüísticos y con experiencias, sin que necesite para ello un «designado» prelingüístico.

Salvo esta aclaración, concordamos con la aportación de Koch: sólo se podrá apreciar adecuadamente la relación entre el conocimiento de las cosas y ciertos usos lingüísticos (inclusive las habituales posibles) distinguiendo claramente entre la estructuración lingüística y las cosas.

³⁰ Como dice Coseriu en la novena de sus «Diez tesis acerca del lenguaje», presentadas en un coloquio de Estrasburgo hace unos años: «C'est le langage qui confère l'être aux «choses» : il n'est pas une nomenclature pour des classes de 'choses' reconnues d'avance comme telles. Bien entendu, le langage ne crée pas les **étants**, mais il crée leur **être** : il les fait être ceci ou cela. Ainsi, le langage ne crée pas les **arbres**, mais il crée leur 'être **arbres**' (et non pas, par ex. **plantes** en général ou une autre espèce quelconque). Mais, par là, le langage nous conduit vers un monde ordonné de 'choses' ».

5. LA LINGÜÍSTICA INTEGRAL COMO TAREA PARA EL FUTURO

Eugenio Coseriu esbozó en varios trabajos una *Lingüística Integral* cuya primera tarea consiste en el posicionamiento exacto de las diferentes áreas de la lingüística. Los críticos verán en esto un intento cosmético para salvar el estructuralismo en el siglo XXI. Sin embargo, en realidad se trata de una propuesta altamente seria y de gran envergadura que propone una especie de marco general para la investigación lingüística y para el desarrollo de una conciencia sobre el lugar de cada disciplina en el conjunto de las disciplinas, además de la relación de cada una de ellas con ese conjunto. Hoy en día, estamos enfrentados muchas veces con una concepción equivocada de la especialización científica cuando por especialización se entiende que cada uno se ocupe de una única área determinada (o de varias áreas) sin saber nada de las demás. Cuanto mayor sea el grado de separación de las disciplinas, mayor debería ser precisamente el conocimiento del lugar que éstas ocupan en el conjunto. Esto comprende también la conciencia de la tradición de la lingüística, la cual debería estar siempre presente³¹. Una Lingüística Integral tampoco se puede considerar privilegio de una escuela determinada (si así fuera, tampoco tendría muchas posibilidades de sobrevivir). Aún así, no conozco en la actualidad ningún edificio teórico capaz de integrar mejor todos los aspectos posibles del lenguaje y las diversas teorías particulares existentes. La tarea de la lingüística integral consiste precisamente en el posicionamiento y la integración de diversas tendencias. Si en los últimos años se presentaron bajo varios aspectos aportaciones importantes a una lingüística del hablar, una lingüística de la norma y una semántica de las cosas, sea en el ámbito de la lingüística del texto o, dentro de la lingüística cognitiva, entre otras en el área de la investigación de las metáforas, de la metonimia o de la gramaticalización, la tarea de la Lingüística Integral consiste en la recepción crítica de todas esas aportaciones, su posicionamiento y su integración. Y esto deberá incluir también las teorías formales, ya que funcionalismo y formalismo, tanto si se refieren al mismo conjunto de realidades, como si se refieren en parte a realidades distintas, necesariamente serán compatibles si existe una clara conciencia del verdadero objeto de cada enfoque. En último término, la Lingüística Integral no es otra cosa que un programa coordinado de las distintas vías de la investigación lingüística basado en la exigencia metodológica fundamental de una conciencia de la propia actividad y una clara posición dentro de un edificio científico. Un programa, dentro del cual se señalarán también evoluciones equivocadas o repeticiones de callejones sin salida.

BIBLIOGRAFÍA

- BLANK, Andreas. 1996. «Der Beitrag Eugenio Coserius zur Historischen Semantik: 'Für eine strukturelle diachrone Semantik' – 30 Jahre danach». Edda WEIGAND y Franz HUNDSNURSCHER, eds. *Lexical Structures and Language Use. Proceedings of the International Conference on Lexicology and Lexical Semantics, Münster, September 13-15, 1994*, Vol. II. Tübinga: Niemeyer: 341–354.

³¹ En cada tradición de las escuelas lingüísticas encontramos por supuesto varias subtradiciones, y ninguna escuela lingüística se encuentra realmente fuera de la tradición. Sin embargo, la idea algo ingenua de que en la lingüística han surgido problemas completamente nuevos para cuya solución no se presta la tradición (premisa que ni siquiera es válida para las ciencias naturales o la tecnología) sólo conduce a la ignorancia y a la ceguera.

- BÜHLER, Karl. 1934. *Sprachtheorie: die Darstellungsfunktion der Sprache*. Jena: Fischer.
- COSERIU, Eugenio. 1955-56. «Determinación y entorno. Dos problemas de una lingüística del hablar», *Romanistisches Jahrbuch* 7: 29-54.
- 1977. *Principios de semántica estructural*. Madrid: Gredos.
- 1990. «Semántica estructural y semántica 'cognitiva'». Manuel ALVAR, ed. *I Jornadas de Filología [Homenaje al Prof. Francisco Marsá]*. Barcelona: 239-282.
- 1992² (1988). *Einführung in die Allgemeine Sprachwissenschaft*. Tübinga: Francke.
- 19943. *Textlinguistik. Eine Einführung*. Jörn ALBRECHT, ed. Tübinga: Francke.
- 1999². *Lecciones de lingüística general*. Madrid: Gredos.
- 2000. «Michel Bréal: su lingüística y su semántica». *Cien años de investigación semántica: de Michel Bréal a la actualidad. Actas del Congreso Internacional de Semántica (Universidad de La Laguna, 1997)*. Madrid: Ediciones Clásicas: 21-43.
- CUENCA, María Josep y HILFERTY, Joseph 1999. *Introducción a la lingüística cognitiva*. Barcelona: Ariel.
- DIETRICH, Wolf. 1988. «Diachronie der Norm, Synchronie des Systems. Über die Stabilität des grammatischen Systems der romanischen Sprachen». *Energieia und Ergon. Studia in Honorem Eugenio Coseriu 1988 Vol. II*. Jörn ALBRECHT, Harald THUN y Jens LÜDTKE, eds. Tübinga: 171-182.
- GAUGER, Hans-Martin. 1983. «Bedeutung und Bezeichnung». Helmut STIMM y Wolfgang RAIBLE, eds. *Zur Semantik des Französischen*. Wiesbaden: Steiner: 25-29.
- FILLMORE, Charles J. 1982. «Towards a Descriptive Framework for Spatial Deixis». Robert J. JARVELLA y Wolfgang KLEIN, eds. *Speech, Place and Action*. Chichester/New York/Brisbane/Toronto/Singapore: John Wiley: 31-59.
- KABATEK, Johannes y Adolfo MURGUÍA. 1997. «Die Sachen sagen, wie sie sind...». *Eugenio Coseriu im Gespräch*. Tübinga: Narr.
- KOCH, Peter. 1995. «Der Beitrag der Prototypentheorie zur Historischen Semantik: Eine kritische Bestandsaufnahme». *Romanistisches Jahrbuch* 46: 27-46.
- LACA, Brenda. 1984. «La semántica de prototipos. ¿Hacia una lingüística de las cosas?». *Relaciones* [Montevideo] 1.
- RAIBLE, Wolfgang. 1983. «Zur Einleitung». Helmut STIMM y Wolfgang RAIBLE, eds. *Zur Semantik des Französischen*. Wiesbaden: Steiner: 1-24.
- SAUSSURE, Ferdinand de. 1916/1984. *Cours de Linguistique Générale*, édition critique préparée par Tullio de Mauro. Paris: Payot.
- TAYLOR, John R.. 1999. «Cognitive Semantics and Structural Semantics». Andreas BLANK y Peter KOCH, eds. *Historical Semantics and Cognition*. Berlin/New York: Mouton de Gruyter: 17-48.